

KAT ZHANG

**LO QUE QUEDA
DE MÍ**

Crónicas híbridas

Traducción:

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young

PRÓLOGO

Addie y yo nacimos en un mismo cuerpo, con los dedos intangibles de nuestras almas entrelazados antes incluso de respirar por primera vez. Nuestros primeros años juntas fueron también los más felices. Luego llegaron las preocupaciones; el rictus de ansiedad de nuestros padres, el ceño fruncido de nuestra maestra en la guardería, la pregunta que todos formulaban en voz baja cuando creían que no oíamos:

«¿Por qué no se “asientan”?»

Asientan.

Intentamos pronunciar aquella palabra con nuestra boca de niña de cinco años, para probar cómo sonaba.

«A –cien– tan.»

Sabíamos lo que quería decir. Más o menos. Significaba que una de nosotras tenía que asumir el control. Significaba que la otra tenía que desaparecer. Ahora sé que significa mucho, mucho más que eso. Pero a los cinco años, Addie y yo éramos todavía ingenuas, todavía inconscientes.

El barniz de la inocencia comenzó a desgastarse en primero de primaria. Y nuestra orientadora, con su pelo canoso, terminó de desprender lo que quedaba de él.

–Asentaros no tiene que daros miedo, cariñitos –decía mientras mirábamos sus labios finos y rojos de carmín–. Ahora parece que sí, pero le pasa a todo el mundo. El alma recesiva, sea cual sea de vosotras dos, simplemente... se quedará dormida.

Jamás mencionó cuál de las dos pensaba ella que iba a sobrevivir, pero tampoco hacía falta. Ya desde que estábamos en primero, todo el mundo creía que Addie había nacido siendo el alma dominante. Nos movía a la derecha cuando yo quería ir a la izquierda, se negaba a abrir la boca cuando yo quería comer, gritaba «No» cuando yo me moría de ganas de decir «Sí». Era capaz de hacerlo todo casi sin esfuerzo, y a medida que pasaba el tiempo, yo fui perdiendo fuerza mientras ella adquiría más control.

Pero a veces yo conseguía defender mi voluntad, y la imponía. Cuando mamá nos preguntaba qué tal nos había ido el día, hacía acopio de fuerzas para contarle mi versión de las cosas. Cuando jugábamos al escondite, yo la obligaba a escondernos detrás del seto en lugar de correr a librarnos. A las ocho, era yo la que tiraba de las dos para llevarle el café a papá.

Cuanto más declinaba mi fuerza, con más rabia escarbaba en busca de los restos de la que aún tenía, me rebelaba en todos los sentidos, intentaba convencerme de que no iba a desaparecer. Addie me odiaba por ello, pero yo no podía evitarlo. Recordaba la libertad que había

tenido antes; nunca completa, por supuesto, pero me acordaba de cuando todavía podía pedirle a mi madre un vaso de agua, o un beso cuando nos caíamos, o un abrazo.

Suéltame, Eva, se quejaba Addie cada vez que discutíamos. *Suéltame. Desaparece de una vez.*

Y durante mucho tiempo creí que eso acabaría por ocurrir antes o después.

Fuimos al primer especialista a los seis años. Especialistas que eran mucho más agresivos que la orientadora del colegio. Especialistas que nos hacían pequeñas pruebas, pequeñas preguntas, y luego presentaban una no precisamente pequeña factura. A la edad en que nuestros iguales llegaban a asentarse, Addie y yo ya habíamos pasado por dos terapeutas y cuatro medicaciones diferentes, todas destinadas a hacer lo que la naturaleza ya debería haber hecho: librarse del alma recesiva.

Librarse de mí.

Nuestros padres sintieron un gran alivio cuando dejamos de peleros, cuando los médicos les presentaron informes positivos. Intentaban que no nos diéramos cuenta, pero los oíamos susurrar «por fin» entre suspiros cuando salían de nuestro cuarto tras darnos el beso de buenas noches. Durante años, yo había sido como una espina para nuestro entorno, un secretillo sucio que no era tan secreto. Las niñas que no había manera de que se asentaran.

Nadie supo nunca cómo, en plena noche, Addie me dejaba salir y pasearme por la habitación con mis últimas

fuerzas, tocar los cristales de la ventana y llorar con mis propias lágrimas.

Lo siento, susurraba ella entonces. Y yo sabía que lo sentía de verdad, a pesar de todo lo que me había dicho antes. Pero aquello no cambiaba las cosas.

Estaba aterrorizada. Tenía once años, y aunque llevaba toda mi corta vida oyendo que lo natural era que el alma recesiva desapareciera, no quería marcharme. Quería vivir otros veinte mil amaneceres, otros tres mil veranos calurosos junto a la piscina. Quería saber cómo era un primer beso. Otras almas recesivas habían tenido la suerte de desaparecer a los cinco o seis años. Sabían menos cosas.

Quizá por eso las cosas salieron como salieron. Quería vivir, lo ansiaba desesperadamente. Me negaba a desaparecer. No me desvanecí del todo.

Mi control motriz desapareció, sí, pero yo me quedé atrapada en nuestra mente. Escuchaba, veía, aunque paralizada.

Solo lo sabíamos Addie y yo, y Addie no pensaba decir nada. Para entonces ya estábamos al corriente de lo que les esperaba a los niños que no se asentaban, que se convertían en híbridos. Teníamos la cabeza llena de imágenes de las instituciones donde nos pondrían a buen recaudo... para nunca volver.

Por fin, los médicos nos dieron el alta definitiva. La orientadora se despidió de nosotras con una sonrisita de satisfacción. Nuestros padres estaban eufóricos. Embalaron todo y nos llevaron en un viaje que duró cuatro horas a otro estado, a otra ciudad, a un barrio donde nadie nos

conocía. Donde podríamos ser algo más que la familia con la niñita esa tan rara.

Recuerdo cuando vi nuestro nuevo hogar por primera vez, cuando eché un vistazo por encima de la cabeza de nuestro hermano pequeño y a través de la ventanilla del coche vi aquella casita blanca de tejado oscuro. Lyle lloró nada más verla, tan vieja y destartalada y con aquel jardín donde la maleza campaba a sus anchas. En medio del aquel follón, con mis padres intentando poner algo de orden, descargando el camión de mudanzas y arrastrando maletas al interior de la casa, Addie y yo nos quedamos solas un momento, solo un minuto, lo suficiente para sentir el frío invernal y respirar el aire gélido.

Después de tantos años, al fin todo era como se suponía que debía ser. Nuestros padres podían volver a mirar a la gente a los ojos. Lyle podía volver a estar junto a Addie en público. Nos pusieron en una clase de primero de secundaria en la que nadie sabía los años que habíamos pasado agazapadas tras el pupitre, deseando hacernos invisibles.

Podían ser una familia normal, con las preocupaciones normales. Podían ser felices.

Podían. Ellos.

No se daban cuenta de que no eran «ellos». Seguíamos siendo «nosotros».

Yo seguía allí.

–Addie y Eva, Eva y Addie –solía canturrear mamá cuando éramos pequeñas mientras nos mecía en brazos–. Mis pequeñas.

Ahora, cuando ayudábamos a preparar la cena, papá solo decía:

–Addie, ¿qué te apetece?

Nadie pronunciaba ya mi nombre. Ya no era Addie y Eva, Eva y Addie. Era solo Addie, Addie, Addie.

Solo una niña, no dos.

1

El timbre de salida del colegio nos hizo pegar un respingo en las sillas. Todo el mundo empezó a aflojarse las corbatas, a cerrar los libros de golpe y meter los cuadernos y lápices en las mochilas. El rumor de las conversaciones casi ahogó la voz de la profesora mientras nos informaba a voz en grito sobre la excursión del día siguiente. Addie ya casi había salido de clase cuando le dije: *Espera, tenemos que preguntar a la señorita Stimp lo del examen de recuperación, ¿no te acuerdas?*

Ya se lo preguntaré mañana, respondió mientras se abría paso por el corredor hacia la salida. Nuestra profesora de historia siempre parecía saber el secreto que guardábamos, se pellizcaba los labios y nos miraba con el ceño fruncido cuando creía que no la veíamos. Quizá no eran más que paranoias mías. Pero quizá no. De todos modos, no sacar buenas notas en su asignatura no nos traería más que problemas.

¿Y si no nos deja?

Todo el colegio se había convertido en un puro estrépito: taquillas que se cerraban ruidosamente, risas y exclamaciones, pero yo oía perfectamente la voz de Addie en el silencioso espacio que unía la mente que compartíamos. Allí reinaba la paz, de momento, aunque noté su enfado incipiente como una mancha negra en una esquina: *Lo hará, Eva. Siempre nos deja. No seas pelma.*

No lo soy. Pero es que...

–¡Addie! –llamó alguien a gritos, y Addie se giró ligeramente–. ¡Addie, espera!

Estábamos tan enfrascadas en nuestra discusión que ni siquiera nos habíamos fijado en la niña que nos seguía. Era Hally Mullan, que con una mano intentaba colocarse bien las gafas y con la otra sujetarse los rizos oscuros con un coletero. Se abrió paso a empujones entre un grupo de alumnos apiñados para conseguir llegar hasta nosotras con un exagerado suspiro de alivio. Addie soltó un bufido en silencio, de modo que solo yo pudiera oírlo.

–Mira que andas rápido –dijo Hally con una sonrisa, como si Addie y ella fuesen amigas.

Addie se encogió de hombros.

–No sabía que me estabas siguiendo.

Hally no perdió la sonrisa; era la clase de persona que se ríe hasta en medio de un huracán. En otro cuerpo, en otra vida, no se habría dedicado a seguir a alguien como nosotras por el vestíbulo del colegio. Era demasiado guapa para eso, con aquellas pestañas tan largas y aquella piel color aceituna, la risa siempre a flor de piel. Pero había algo distinto en su expresión, en los pómulos y el perfil de la nariz. Y ello añadía aún más misterio

a la aureola que la rodeaba, al halo que anunciaba «aquí pasa algo raro». Addie siempre había guardado las distancias con ella. Ya teníamos suficientes problemas fingiendo ser normales.

Pero no iba a resultar sencillo zafarnos de Hally. Se acopló a nuestro paso con la mochila colgada del hombro.

–¿Qué, nerviosa por la excursión de mañana?

–Pues no exactamente –respondió Addie.

–Yo tampoco. ¿Tienes algo que hacer hoy?

–Más o menos –respondió Addie con tono indiferente a pesar del humor exultante de Hally, pero nuestros dedos se pusieron a tironear de la blusa con nerviosismo. A principio de curso nos quedaba bien, cuando habíamos comprado los uniformes nuevos para el colegio, pero desde entonces habíamos crecido. Nuestros padres no se habían dado cuenta, con... bueno, con todo lo que estaba pasando con Lyle, y nosotras no lo habíamos comentado.

–¿Quieres venir a mi casa? –preguntó Hally.

Addie esbozó una sonrisa forzada. Que nosotras supiésemos, Hally nunca invitaba a nadie a su casa. Lo más probable es que nadie quisiera ir. *¿Es que no es capaz de captar una indirecta?*, dijo Addie, y en voz alta añadió:

–No puedo, tengo que hacer de canguro.

–¿Para los Woodard? ¿Con Rob y Lucy?

–Con Rob, Will y Lucy –dijo Addie–. Pero sí, para los Woodard.

Los hoyuelos de Hally se acentuaron.

–Me encantan esos niños. Vienen siempre a la piscina de mi urbanización. ¿Puedo ir?

Addie vaciló.

–No sé si a sus padres les hará mucha gracia.

–¿Aún estarán en casa cuando llegues? –preguntó Hally, y como Addie asintió con la cabeza, añadió–: Entonces se lo podemos preguntar, ¿no?

Menuda caradura, dijo Addie, y yo tenía que darle la razón. Pero Hally sonreía cada vez más, incluso cuando nuestra expresión era cada vez menos amistosa.

Quizá es que no nos damos cuenta de lo sola que está, dije en vez de darle la razón.

Addie tenía amigas, y yo al menos tenía a Addie. Hally parecía no tener a nadie.

–Por supuesto, no espero que me paguen –estaba diciendo–. Iré solo para hacerte compañía.

Addie, dije, deja que venga. Al menos permite que pregunte.

–Bueno... –respondió Addie.

–¡Genial! –Nos tomó de la mano y no pareció darse cuenta de que Addie se sobresaltaba–. Tengo muchas cosas que contarte.

Al abrir la puerta de los Woodard, vimos el resplandor de la tele; Hally nos seguía pisándonos los talones. El señor Woodard agarró su maletín y las llaves en cuanto nos vio.

–Los niños están en la sala, Addie –informó, y se marchó a toda prisa, no sin antes añadir–: Llámame si necesitas algo.

–Esta es Hally Mul... –empezó Addie, pero él ya se había ido, dejándonos solas con Hally en el recibidor.

–Ni siquiera se ha fijado en mí –se asombró Hally. Addie hizo un gesto de fastidio con los ojos.

–La verdad, no me sorprende. Es siempre así.

Ya llevábamos algún tiempo cuidando de Will, Robby y Lucy –desde antes de que mamá pidiese reducción de su jornada laboral para ocuparse de Lyle–, pero a veces el señor Woodard incluso se olvidaba del nombre de Addie. Nuestros padres no eran los únicos en la ciudad que tenían demasiado trabajo y muy poco tiempo.

En la televisión estaban echando unos dibujos animados de un conejo rosa y dos ratones enormes. Lyle también los veía cuando era más pequeño, pero cuando cumplió diez años decidió que ya era demasiado mayor para esas cosas.

Pero por lo visto, cuando tienes siete años aún te pueden gustar los dibujos animados, porque Lucy estaba tumbada en la alfombra y se entretenía balanceando las piernas. Su hermano pequeño estaba sentado a su lado, igual de absorto.

–En este momento es Will –nos informó Lucy sin darse la vuelta para mirarnos.

Los dibujos animados acabaron para dar paso a un anuncio de los servicios públicos de salud, y Addie apartó la vista. Ya habíamos visto bastantes anuncios como aquel. En el hospital al que íbamos ponían uno detrás de otro: hombres y mujeres guapísimos con voces amables y sonrisas simpáticas que nos recordaban que debíamos estar alerta para descubrir híbridos por ahí camuflados que fingían ser personas normales. Personas que se habían librado de ingresar en un hospital. Personas como Addie y yo.

«Simplemente llame al número que aparece en pantalla –decían siempre, al tiempo que lucían sonrisas dignas de anuncio de dentífrico–. Solo una llamada, por la seguridad de sus hijos, de su familia, de su país.»

Nunca decían exactamente qué iba a pasar después de aquella llamada, pero tampoco hacía falta. Todo el mundo lo sabía. Los híbridos eran demasiado inestables para dejarlos tranquilos, así que las llamadas darían paso a una investigación, que a su vez en ocasiones acabaría en un registro. Solo las habíamos visto en las noticias o en los videos que nos ponían en clase de educación cívica, pero era más que suficiente.

Will se levantó de un salto y se acercó a nosotras, dirigiendo a Hally una mirada de extrañeza y suspicacia. Ella le sonrió.

–Hola, Will. –Se puso en cuclillas a pesar de llevar falda. Habíamos ido a casa de los Woodard directamente desde el colegio, sin siquiera pasar por casa para quitarnos el uniforme–. Soy Hally. ¿Te acuerdas de mí?

Lucy apartó por fin la mirada del televisor. Frunció el ceño.

–Yo sí que me acuerdo. Mi madre dice...

Will dio un tirón a nuestra falda y cortó a Lucy antes de que terminase la frase:

–Tenemos hambre.

–No pueden tener hambre –dijo Lucy–. Acabo de darles una galleta. Lo que quieren es que les dé otra. –Se puso en pie y vimos la caja de galletas que tenía escondida– ¿Vas a jugar con nosotros? –preguntó a Hally.

Hally sonrió.

–He venido para ayudar a Addie.

–¿A cuidar a quién? ¿A Will y Robby? –preguntó Lucy–.
No necesitan dos personas.

Se quedó mirándonos como si nos retase a que dijésemos que ella, con siete años, aún necesitaba una canguro.

–Hally ha venido para hacerme compañía –explicó Addie. Levantó a Will y le puso los brazos alrededor de nuestro cuello, con la barbilla apoyada en el hombro. Su fino pelito de bebé nos cosquilleaba la mejilla.

Hally sonrió y le hizo carantoñas con los dedos mientras lo miraba.

–¿Cuántos años tienes, Will? –le preguntó.

El niño escondió la cara.

–Tres y medio –respondió Addie–. Deberían asentarse dentro de un año, más o menos. –Acomodó al pequeño en nuestros brazos y logró que compusiéramos una sonrisa forzada–. ¿A que sí, Will? ¿Os vais a asentar pronto?

–Ahora es Robby –indicó Lucy. Había vuelto a la caja de galletas y mordisqueaba una mientras hablaba.

Todos miramos al niño. Él extendió los brazos hacia su hermana, ajeno a nuestras miradas escrutadoras.

Tiene razón, dije. Acaban de cambiarse. Siempre se me había dado mejor que a Addie distinguir a Robby de Will, por mucho que Addie dijera que no. Quizá era porque yo podía prestar más atención, pues no tenía que distraerme moviendo el cuerpo o hablando con la gente. Solo tenía que observar y escuchar y percibir los mínimos detalles que diferenciaban a un alma de la otra.

–¿Robby? –dijo Addie.

El niño volvió a hacer un movimiento para escabullirse y Addie lo dejó en el suelo. Corrió hacia su hermana. Lucy le ofreció lo que quedaba de su galleta.

–¡No! –protestó–. No queremos esa galleta. Queremos una entera.

Lucy le sacó la lengua.

–Will sí se la habría comido.

–¡No! –exclamó.

–Sí. ¿A que sí, Will?

Robby arrugó la cara.

–No.

–No te he preguntado a ti –dijo Lucy.

Date prisa, dije. Antes de que Robby coja una rabieta.

Para mi sorpresa, Hally fue más rápida que nosotras. Sacó una galleta de la caja y se la puso a Robby en sus manitas tendidas.

–¿Mejor así? –Volvió a agacharse y se rodeó las rodillas con los brazos.

Robby parpadeó. Sus ojos iban de Hally a la galleta. Luego sonrió con timidez y mordió la galleta, con lo cual una cascada de migas cayó en su camisa.

–Dale las gracias –le indicó Lucy.

–Gracias –susurró.

–De nada –respondió Hally y sonrió–. ¿Te gustan las que tienen pepitas de chocolate? A mí sí. Son mis favoritas.

Ligero gesto de asentimiento. Incluso Robby se sentía algo intimidado ante la gente que no conocía. Dio otro mordisco a la galleta.

–¿Y a Will? –preguntó Hally–. ¿Qué galletas le gustan?

Robby medio se encogió de hombros y luego respondió con voz suave:

–Las mismas que a mí.

La voz de Hally sonó aún más dulce cuando volvió a hablar:

–¿Lo echarías de menos, Robby? ¿Si Will se fuese?

–¿Qué tal si vamos a la cocina? –Addie arrebató la caja de galletas a Lucy sin ningún miramiento, provocando con ello un chillido de furia–. Vamos, Lucy, sabes bien que Robby no puede comer en la sala. Tu madre me va a matar si llenáis la alfombra de migas.

Addie dio la mano a Robby y lo apartó de Hally. Pero no fue lo suficientemente rápida Y el niño tuvo tiempo de girarse y mirar a Hally, que seguía agachada, para responderle en un susurro:

–Sí.